Amor a Portugal

Esteban Carro Celada

Esta mañana he escuchado versos recitados en portugués. Toda esa saudade, o fibra de concordancia geográfico sentimental, que llevamos los del Noroeste, se ha despertado ante este poema de Álvaro de Campos, que es la "Oda Marítima". La escuchábamos teniendo delante el texto escrito. Éramos no menos de doscientos. Buscábamos los primores de la fonética y los detalles de la fonología, pero a mí al menos me pegaba fuerte este portugués, por cuatriplicado que es Fernando Pessoa.

Tengo ganas de conocer el libro de Pereira, para poder afirmarme más en ese lusitanismo de los villafranquinos que él mismo lleva en el apellido, en el “Cancionero de Sagres” y hasta en la partida de amigos que le esperan en las reboticas de las librerías caimbresas. Por Coimbra anda ahora uno de mis profesores, del mismo apellido que Antonio. Pero aquí en Madrid Pilar Vázquez crea lusitanismo desde la filología y el doctor Ares, desde la cátedra de Literatura portuguesa comparada.

Hace ya bastantes años que un amigo mío de Las Azores, Coelho de Sausa, me descubría en sus libros, de versos, tan atlánticos, algunas de las grandes instancias-del mejor Pessoa, es decir de Álvaro de Campos. Y desde la bracarense metrópoli me enseñó rimas aquel Martins Pereira, a quien he perdido la pista desde los años de Salamanca. Luego Portugal se me hizo tangible en el cuerpo de su geografía por tres veces. Y lo hice carne de lectura y de interpretación en prosas de Eugenio Montes y de Giménez Caballero.

Siempre que pasaba la frontera de Portugal, mi entrañable Ramón González Alegre me escribía, una tarjeta, con unos versos en portugués, que no en gallego.

Por eso hoy, al rememorar esta audición de discos de Pessoa en un aula universitaria, este chaparrón de Portugal, tan desconocido y misterioso como próximo, se me ha venido a las manos.

Se nos acerca en complicaciones filológicas con, el leonés, por Tras-Os Montes, por Miranda de Doiro, por la zamorana y asturicerise Calabor.

Sin embargo, Fernando Pessoa me ha llenado la memoria, me ha descubierto un estilo de poeta, que ya había comprendido en parte, hace años, leyendo traducciones

de sus poemas publicados por Entrambasaguas. Hoy ha caído sobre mí ese, chaparrón marítimo de la "Oda", que es agua; y tras de estos versos, los de, "Sol nulo dos días vaos". Me han conmovido. Resulta fatigante pensar lo distanciados que estamos los españoles y los portugueses en el afán literario, en la búsqueda de la poesía. El caso de Pessoa es sintomático. Una figura tan de primera línea, hasta por sus cuatro heterónimos, apenas reconocida más que por los especializados de la literatura. Pessoa se nos ofrece bajo el nombre de Alberto Caeiro, luchando así contra el saudosismo trascendentalista, contra el jacobinismo sentimental; otro Pessoa, ese que está oculto en Ricardo Reis, que promueve un epicureísmo egocéntrico. Luego el juego whitmaniano del Pessoa sensacionalista que el Álvaro Campos y el Pessoa-Pessoa, que desdoble consciente e inconscientemente su "yo". Es decir, el misterio es el de cuatro Pessoas distintos y un solo Pessoa verdadero. La, literatura, y la tierra portuguesa nos enseñan, bajo su facilidad, una hondura, que me ha crecido en esta mañana de finales de febrero.

En cada lusitano o portugués hay un nacionalista que espera aun la llegada de su rey Sebastián. Hasta las embarcaciones de Pessoa es Don Sebastián quien las dirige. Y nadie mejor para representar este supersebastianismo, este supercamoneismo que Pessoa, poeta-astrólogo, que ilumina una buena parte del siglo XX, junto con sus amigos de "Orpheu" y hasta con aquel extrañó suicida que era Sá-de-Carneiro.

Portugal, hermano, casi leonés, manejado, expresado por las discos, por las clases de gramática: Pilar Vázquez Cuesta ha escrito una gramática, la mejor-y casi única pero lo que yo ignoraba hasta hoy, es que sus primeros versos los hizo en León y los publicó en "Espadaña", cercana siempre a aquella biblioteca de "Azcárate", en la que don Antonio era toda una institución. Y hasta esa, lección de portuguesismo supo dar aquel buen cura, que llevaba por dentro, una formidable estirpe de crítico y escritor.